

BX4705

0139-17660



1020134862

.A6

R6

1844

Siene el gusto de ofruer al Sr.

*D. Rafael Larion este suuerdo su
afno. amigo.*

Dionisio Rodriguez.



FONDO
PEREZ MALDONADO

**NOTICIA BIOGRAFICA
DEL ILLMO. SEÑOR APODACA
OBISPO DE MONTEREY.**

Bienaventurado el varon,
cuya esperanza es el nom-
bre del Sr.: y no volvió los
ojos á vanidades, y neceda-
des engañosas.

David Salmo 39 v. 5.

Los grandes de la tierra quieren ser conocidos, y este es el motivo del ruido que acompaña siempre á todos los hechos de su vida: trabajan por oír resonar su nombre, y porque su memoria se conserve despues de sus dias; pero no lo consiguen, sus acciones como que tienen por base los débiles cimientos de la vanidad duran poco, y la memoria de ellos se pierde con la prontitud del ruido que las hizo conocer. Al contrario los hombres virtuosos, que guiados de un espíritu evangélico ocupan su vida en hacer el bien á sus semejantes: sus hechos aunque de mas interés para la sociedad estan desnudos de aquella grandeza que solo hiere los sentidos: huyen del bullicio, buscan siempre el silencio y el retiro para obrar, y en sus benéficas ocupaciones andan ocultando á su izquierda lo que hace su derecha: sus acciones sin embargo como que están fundadas en los sólidos cimientos de la caridad, cuanto mas quieren ocultarlas se hacen mas conocidas, y el nombre de sus autores se graba profundamente en nuestro corazon. El hombre que ha reducido el

círculo de sus necesidades con el objeto de poder satisfacer las de sus semejantes, que nunca fué indiferente á las desgracias de su prójimo, que enjugó con sus consejos y limosnas las lágrimas de la viuda y del desvalido, que estendió siempre su mano benéfica hácia el menesteroso, que esquivó toda clase de placeres, que fué humilde, manso y moderado, y que pasó su vida en el ejercicio de todas estas virtudes, la memoria de este hombre verdaderamente grande no pasará jamás, y sus gratos recuerdos excitarán siempre nuestra veneracion. Uno de estos ilustres personajes, á quien debemos por sus virtudes el homenaje de nuestra memoria, es el Illmo. Sr. Dr. D. SALVADOR APODACA Y LORETO Obispo de Monterey de quien vamos á hablar, sugetándonos á los pocos datos que de su vida hemos podido conseguir.

Nació en esta ciudad el 25 de Diciembre de 1769 y fué hijo de D. Joaquin Eustaquio Apodaca y de Doña Rafaela Loreto. Sus padres no le legaron ningunos bienes de fortuna, pero las máximas de piedad cristiana que grabaron profundamente en su corazon, y la sobriedad y amor al retiro á que lo acostumbraron desde su tierna edad, fueron para el Sr. Apodaca un rico tesoro que supo conservar, formaron la fuente de donde nacian todas sus acciones y la base en que descansaban los pasos de su vida. Abrazó desde su juventud la carrera literaria, y en el Colegio Seminario de esta ciudad estudió con mucho aprovechamiento gramática, retórica y filosofía: cursó en el mismo Seminario, el tiempo acostumbrado, las cátedras de Teología escolástica, moral y escritura: recibió en esta Universidad el grado de bachiller en filosofía y en la misma estudió un curso de cánones.

Con estos estudios y la vida arreglada que ob-

servaba desde sus tiernos años, fijó su atencion en el sacerdocio que se resolvió á abrazar, y recibió los sagrados órdenes en Durango el año de 1794. En esta ciudad, tanto por los estudios sobresalientes que acababa de hacer, como por las relaciones que los mismos debieron proporcionarle, pudo haber obtenido una colocacion honrosa y pingüe, pero no eran las comodidades de la vida las que debian llenar un corazon inflamado con el deseo de ser útil á sus semejantes; así es que conducido de este deseo y de su amor al retiro, pretendió la administracion de Sacramentos del Mazapil, uno de los curatos mas retirados de esta capital. Este fué el primer lugar en que el Sr. Apodaca dió principio á desempeñar las altas funciones de su ministerio, y en donde comenzando á poner en práctica el convencimiento en que estaba de que sus sublimes deberes mas bien podia llenarlos con el ejemplo que con la instruccion, se revistió de aquel espíritu de caridad y pobreza que despues lo caracterizaron en todos los actos de su vida. Cerca de dos años llevaba en el Mazapil, cuando recibió el de 96 el nombramiento que el venerable Cabildo hizo en su persona, para maestro primero de Sagradas ceremonias en esta Sta. Iglesia Catedral: sirviendo este destino se ocupaba de administrar los Sacramentos en la parroquia del Sagrario, y recibió el grado de Doctor en Teología en la Universidad de esta ciudad.

El año de 1800 comenzó su carrera de cura que desempeñó por espacio de treinta y ocho años, y en este tiempo sirvió los curatos de Zapotitlán, Tuzcacuesco, Mascota y Sayula. Colocado el Sr. Apodaca en esta nueva posicion tan propia para hacer el bien, desarroyó todos los sentimientos de caridad y beneficencia que alentaba en su corazon: los deberes de un buen padre, de fiel amigo, de un

sábio confidente y de un tierno consolador que tenia que desempeñar como cura, cuadraban muy bien con los deseos de su alma; así es que hacer el bien á sus feligreses era la única pasión que tenia que contentar, trabajar sin cesar para ministrarles toda clase de auxilios era su única ocupación. La humildad, la pobreza, la prudencia y el desinterés brillaban á su pesar en las no interrumpidas funciones de su ministerio: jamás lo acompañó la negligencia en el desempeño de sus altos deberes; no tenia fijado tiempo para dedicarse á ellos, y á toda hora se le encontraba preparado para ministrar con oportunidad los socorros espirituales que necesitaban los fieles que se hallaban confiados á su cuidado: no temia la estación, la distancia, el calor, el frio ni el contagio cuando se trataba de remediar los males de sus feligreses: los ricos y los pobres eran sus hermanos, y esto bastaba para que á todos con igualdad y según sus necesidades aplicara sus consuelos; su salud sostenida por su acostumbrada sobriedad le daba vigor en las continuas tareas de su ministerio.

Esta fué la vida del Sr. Apodaca durante los treinta y ocho años que estuvo de cura. Hizo además en las parroquias que sirvió algunas obras propias de su zelo y caridad, acomodándose á los recursos mas ó menos pobres que proporcionaban sus feligresías. En Zapotitlan estableció á sus espensas la única escuela que hubo en este miserabilísimo pueblo, y proporcionó á los niños que á ella concurrían cuanto necesitaban para su instrucción: concluyó la Iglesia de este pueblo estableciendo el sagrado depósito que antes no lo habia. En Tuzcaquesco estableció la ayuda de parroquia del pueblo de San Gabriel, que despues se erigió en curato, proporcionando de esta manera con su desinterés, que

sus habitantes tubieran los auxilios espirituales de que habian carecido, y auxilió para los gastos de esta nueva parroquia: reedificó y dió mas estension á las casas curales, y en el año de 1806 que á consecuencia de los temblores se cayó la Iglesia, levantó otra nueva para la que alentaba con su ejemplo á sus feligreses, conduciendo el mismo los materiales para la obra. En Mascota no obstante el poco tiempo que estuvo, adornó su Iglesia y mejoró su culto. En Sayula, hizo la Iglesia parroquial, reformó todos los ornamentos y vasos sagrados y las casas curales: construyó una habitación para tres ministros y en circunstancias de que el vecindario carecia de agua, y los fondos de propios estaban esauostos para hacer el gasto de conducirla, compuso desde su origen y en su totalidad la cañería que hoy conduce la agua á las fuentes públicas de aquella ciudad: en el año de 1832 que visitó su curato el Ilmo Sr. Dr. D. José Miguel Gordoá, por las cuentas que presentó, resultaba deberle la fábrica la cantidad de catorce mil ochocientos pesos, cuya suma cedió á beneficio de la misma.

En los curatos en que estuvo procuró siempre tener tres ó cuatro ministros, con quienes se turnaba por semanas en la administracion de Sacramentos, y no se distinguia de ellos sino por el mayor zelo que lo animaba por el bien espiritual de los habitantes de su parroquia. Convencido de lo muy necesaria que es la instrucción al sacerdocio, observó en todo el tiempo que fué cura la loable y utilísima costumbre de reunirse todas las noches con sus ministros, á conferenciar con ellos por el espacio de una hora, sobre puntos de moral relativos al alto ministerio que desempeñaban. El Sr. Apodaca conocia muy bien que la ignorancia debe estar muy lejos del sacerdocio: que el ministro de

Una religion que vino á alumbrar al mundo debe brillar con la luz del conocimiento de las grandes verdades del Evangelio: que la obligacion que tenia como cura de enseñar á sus fieles, no podia llenarla si el primero no poseía la instruccion necesaria, y que sus labios no podian pronunciar la palabra divina, que debia predicar á sus fieles, si su espíritu no estaba alimentado de ella: que sin el estudio no podia resolver los casos dificiles que á cada paso se presentan en la administracion de Sacramentos, consultar las dudas que ocurrieran á sus fieles, ni combatir los errores en que cayeran las almas que estaba encargado de dirigir: que las buenas costumbres deben estar sostenidas con el profundo conocimiento é instruccion de las verdades religiosas, y que la respetabilidad debida al sacerdocio se desprestigia cuando no está adornado con la instruccion necesaria en la religion: convencido de todas estas verdades, y no satisfecho con el estudio que hacia en todo el tiempo que le permitian las tareas de su ministerio, estableció esas conferencias diarias, en las que por medio de la conversacion discurria con sus ministros sobre las materias mas interesantes relativas á las elevadas funciones que desempeñaban, y arreglaba con ellos los medios que consideraba mas oportunos, para que la administracion de Sacramentos surtiera en su parroquia los grandes y saludables efectos de la gracia para que fueron instituidos: alejando por otra parte con esta diaria ocupacion, la ociosidad tan fecunda en funestas consecuencias, que muchas veces se presenta y se hace necesaria en las cortas poblaciones, escasas de personas con quien poderse comunicar de un modo provechoso.

Era extraordinario el grande desinterés con que hacia uso del derecho que tenia á las ovencio-

nes de sus curatos: jamás se sugetaba al arancel, sus cobros eran siempre moderados y con proporcion á la fortuna del que los causaba: repugnaba que las familias de los muertos hicieran aquellos gastos de pura pompa, que son tan pingües á los curas, esponiéndoles que de ningun provecho les eran estos gastos que podian mejor invertirlos en sus familias. A los que tenian proporciones los consideraba como benefactores de su Iglesia, y por esta razon solo percibia de ellos la mitad ó menos de los derechos que causaban: á los de la clase media les cedia la mayor parte en beneficio de sus familias, y á los pobres no solo se negaba á recibirlos, sino que los auxiliaba.

Su pobreza era grande: no tenia mas vestido que el que usaba diariamente, y consistía en una camisa, pantalon y chaqueta todo de géneros ordinarios: su cama la formaban unos tablones cubiertos con una salea y una frazada. Su sobriedad estaba en relacion con su pobreza: tres reales diarios era el gasto ordinario que hacia en Sayula en alimentarse, y muchas veces iba á comer en casa de alguno de sus feligreses, porque atendiendo de preferencia á las necesidades de sus fieles, carecía aun de esta pequeña suma: su cena ordinaria era alguna fruta y un pedazo de pan: guardaba el precepto del ayuno no obstante las tareas de su ministerio.

Cuando salia de un curato para ir á desempeñar otro, se encontraba sin dinero ni recursos para hacer su traslacion, que verificaba á espensas de los amigos de quienes se ausentaba, y que tenian satisfaccion en proporcionarle los pequeños ausilios que necesitaba para emprender su viage, y que consistian en una mula para él y otra para el mozo que lo acompañaba.

Predicaba todos los domingos por la mañã

na, y en la tarde se ocupaba de explicar en la Iglesia á sus feligreses la doctrina cristiana, y concluida esta instruccion se iba acompañado de algunos niños á visitar á los presos de la cárcel, á quienes consolaba con sus consejos, y socorria con las provisiones de comer y algun dinero que de sus manos y de las de los niños que lo acompañaban pasaban á los infelices encarcelados. ¡Qué espectáculo tan sublime y tan digno de una religion bajada del cielo presentaba el Sr. Apodaca conduciendo á sus tiernos feligreses á la práctica de una de las principales virtudes del cristianismo! que consuelo experimentarían aquellos desgraciados, cuando veían acercarse al único hombre que los compadecía! que alivio en sus padecimientos cuando consideraban que no obstante el horror que causaban sus vicios, tenían un bienhechor que los recordaba y se interesaba generosamente por ellos, y que cuando las leyes los reputaban como miembros podridos de la sociedad, un ministro del altar estendia acia ellos su mano protectora, y los hacia gustar sentimientos que experimentaban acaso por primera vez, y que si antes hubieran sentido no habrian sido víctimas de sus pasiones! cuantas veces esta visita periódica alejaria la desesperacion del corazon de los presos, y los resolveria á separarse del vicio! Los horrores de una asquerosa prision no contenian sino antes inflamaban la caridad del Sr. Apodaca: los que alli estaban formaban parte del rebaño que tenia á su cuidado, y esto bastaba para que fueran dignos de todos los consuelos del ministerio de paz y de dulzura que debia ejercer sin escepcion de personas.

Tuvo siempre mucho empeño en desterrar de sus curatos aquellas devociones que consisten en puras esterioridades que la ignorancia habia introdu-

cido de tiempos atras en sus feligreses, substituyéndolas con la magnificencia de unas funciones verdaderamente religiosas en las que reinaba el silencio, recogimiento y decencia propias de un culto cristiano: la prudencia, la persuacion y el desinterés eran las eficaces armas de que hacia uso, con buen écsito para desterrar de sus fieles estas costumbres. Conocia que la ignorancia era la que motivaba aquellas esterioridades, y para combatirla tenia un particular empeño en que todos los niños de su parroquia, se instruyeran en las verdades de la religion, y á este fin les proporcionaba gratuitamente, catecismos en los que podian adquirir una instruccion sólida en aquellas verdades que les inculcaba todos los domingos en la tarde.

El trabajo lo consideraba como una fuente de grandes bienes, sienpre por lo mismo se le encontraba ocupado y frecuentemente lo recomendaba á sus feligreses, persuadiéndolos de las grandes ventajas que acompañan á la ocupacion, y de las funestas consecuencias de la ociosidad, aun en sus conversaciones huía sienpre de ella, haciéndolas recaer con mucho tino sobre materias que presentaran alguna utilidad, ó proporcionaran instruccion: muchas veces despues que pasaba la última misa de su parroquia no permitia que sus feligreses continuaran en la Iglesia con perjuicio de los deberes que tenian que cumplir en las ocupaciones á que estaban dedicados.

En el año de 1831 fué autorizado para hacer confirmaciones en todo el rumbo del Sur de esta Diócesis: sin preparativos ni comodidades de ninguna clase, solo, montado en una mula, y acompañado de un mozo que lo guiaba, salió del curato de Sayula para ir á desempeñar esta honrosa comision que se le habia confiado: llegaba á las poblaciones

sin hacerse anunciar, huyendo de ser recibido con aquellas demostraciones públicas de respeto, debidas á las altas funciones que iba á ejercer: su zelo por el bien de las almas hacia que no se limitara á solo confirmarlas, se sentaba tambien empeñosamente á confesar á todos los que era preciso se prepararan con la gracia de este Sacramento para recibir aquel, y ocupaba infatigablemente todo el día y parte de la noche en estos trabajos. En todas las poblaciones que estuvo dejó los mas tiernos y gratos recuerdos de la humildad, pobreza y desinterés con que desempeñaba sus sublimes funciones, de suerte que la memoria de su nombre, recordaba luego el de las virtudes que lo acompañaban.

Cuando concluyó esta comision recibió varias instancias de su Prelado para que viniera á ocupar una silla en el coro de esta Sta. Iglesia Catedral, pero le era muy sensible dejar á sus feligreses, y romper los estrechos lazos con que á ellos estaba unido, y por otra parte su humildad lo hacia considerarse como indigno de este puesto; asi es que con prudencia se negó á aquellas instancias hasta el año de 1838 en que cediendo á las nuevas y repetidas que se le hicieron, fué nombrado Prebendado. y despues en el de 1841, mediante la respectiva oposicion. fué promovido á la Lectoral de la misma Iglesia. Dejó pues, sus tareas de Cura y á sus feligreses envueltos en los mas tiernos sentimientos de gratitud, y los dulces recuerdos de su caridad y beneficencia.

En esta ciudad continuó su vida, pobre, humilde y retirada: solo se le veía en la Iglesia, desempeñando sus sublimes funciones á las que no faltó un solo día en los cinco años que fué canónigo, y en la cátedra de Moral que servia en el Colegio Seminario, cuya dotacion no quiso recibir sino

que cedió á beneficio de este establecimiento. Treinta y ocho años hacia que el Sr. Apodaca faltaba de Guadalajara, cuando vino de Prebendado á esta ciudad, y sin embargo de esta larga ausencia su nombre no habia sido olvidado, las noticias que se tenian de sus virtudes hacian estarlo recordando, y que fuera amado aun de aquellos que no lo conocian personalmente. En los cinco años que estuvo aqui de canónigo conocimos que no eran falsas las noticias que teniamos de la vida apostólica que habia observado en todos sus curatos: que no era esagerada la grande reputacion que de el nos habiamos formado: que no era indebido el amor que le profesabamos, y que el retrato que teniamos de él en las noticias de sus virtudes, cuadraba exactamente con el original. Los que fuimos honrados con su amistad, que estuvimos muchas veces en su casa, en aquella pieza de su habitacion en la que buscábamos inútilmente alguna alhaja de valor, y cuyos muebles se reducian á unos estantes con libros, una mesa y sillas de ocote y una cama de esta madera, sin colchon y cubierta con una frazada; que disfrutamos de su instructiva y amena conversacion; que oímos de su boca los asentós de la verdad sin hipocresía, y vimos en su semblante los modales de la virtud sin afectacion, ¿qué impresiones tan puras y agradables se ecsitaban en nuestro corazon? ¿qué sentimientos tan tiernos y virtuosos se animaban en nuestra alma? y ¿cuan superiores nos parecian la paz y tranquilidad del varon que no volvió sus ojos á vanidades y necedades engañosas, á las agitaciones y sinsabores que sigue siempre al contento de las pasiones?

No obstante la vida retirada del Sr. Apodaca, su falta de relaciones con personas influyentes en los negocios públicos, y que se hallaba muy distante de

toda clase de aspiraciones, su virtud lo hizo ser muy conocido y juzgado digno de ocupar la silla episcopal de Monterey. Cuando supo con admiración las primeras noticias de que sería promovido á esta dignidad, su espíritu se afligió notablemente, y su humildad lo hacia considerarse como el mas indigno de ser elevado á un puesto tan eminente, que jamas habia solicitado ni dado por su parte el mas ligero paso para acercarse á el. El Sr. Apodaca recibió una gran pesadumbre desde que aquellas noticias fueron confirmadas por su nombramiento: las lágrimas que no podia contener y que á cada paso humedecian sus ojos, revelaban la profunda tristeza que ocupaba su corazón; las grandes obligaciones que rodean la Mitra y el Báculo pastoral le parecían muy superiores á sus fuerzas, y agitada vivamente su alma con el grande peso de estas consideraciones habria sido irrevocable su resolución de renunciar si hubiera podido negarse á otras que á su pesar lo obligaron á aceptar. Desde este momento la Iglesia de Monterey fué el objeto de las constantes meditaciones del Sr. Apodaca: trataba de adquirir toda clase de noticias relativas á esta diócesis, y procuraba instruirse de cuanto le era preciso conocer para apacentar las ovejas confiadas á su cuidado.

Cuando ya le fué preciso dar algunas disposiciones para su Consagración se encontró sin ningunos fondos para hacer los mas urgentes gastos, y tuvo necesidad de hacer uso de la conocida munificencia del V. Cabildo de esta ciudad, y aceptar los auxilios que el de Monterey puso á su disposición para proporcionarse cuanto le era del todo necesario á la dignidad en que habia sido colocado. El dia 24 de Setiembre de 1843 fué consagrado en esta Santa Iglesia Catedral, en donde lo vimos empuñar lloran-

do el báculo pastoral. Las grandes virtudes que brillaban en el Señor Apodaca nos hacia recordar con frecuencia la muy grata é inmortal memoria del Illmô. Sôr. Alcalde; y felicitabamos á la Iglesia de Monterey por la adquisicion de un prelado tan comparable con aquel, cuya beneficencia es despues de cincuenta años el alivio de la humanidad doliente en esta ciudad.

Revestido ya con el carácter apostólico, los deberes que habia contraído lo llamaban á Monterey, y para esto era preciso ausentarse para siempre de su patria, decir el último adios á la tierra que lo vió nacer en donde estaban todos los recuerdos de su juventud, separarse de sus amigos y de todas sus relaciones para ir á los setenta y cuatro años á contraher otras nuevas, emprender un viaje de doscientas leguas en una estación que debía serle desfavorable á su salud, dejar un temperamento á que estaba aclimatado, é ir á experimentar los rigores de otro desconocido y estremoso: era preciso variar todos los métodos de su vida, contraher otros nuevos y privarse aun de ser acompañado de algunas personas que al mismo tiempo que su presencia le era grata, podían á su lado serle útiles en el desempeño de sus deberes, y esto solo por no introducir zelos ni dar por su parte el mas ligero motivo de queja á sus ovejas. El deseo de cumplir con las obligaciones que habia contraído era muy superior á todas estas privaciones y padecimientos invencibles para otro que no estuviera tan desprendido de las comodidades de la vida, ni tan acostumbrado como el Señor Apodaca á sacrificarlo todo por el bien espiritual de las almas; así es que, olvidando aun aquellas comodidades que en su avanzada edad se hacen necesarias, el dia 23 de Octubre, montado en una mula y acompañado de solo un eclesiástico de esta diócesis, hizo su primer jornada.